

términos de no poder apartar ni la figura de sus ojos, ni la voz de sus oídos, ni los hechos y las hazañas de su memoria, ni los afectos admirativos y cariñosos de su corazón. Anna le respondió por modo natural y lógico lo que cualquier otra confidente le respondiera en su caso, y le dijo cómo aquel su amor no podía serenarse ya en el mundo sino en propicio y religioso matrimonio bendecido por los dioses y sancionado por los hombres. Al oír esto Dido se airó contra sí misma, por no airarse, cual debía, contra su racional y sesuda hermana. Sus ojos se descajaron como á impulsos del dolor físico; sus brazos se retorcieron como si la enlazaran entre nudos gigantescas serpientes. Muerto Siqueo á manos de Pigmalión, aquel Siqueo en quien Dido pusiera todos sus amores, y que, vuelto del orco en sombra ó espíritu, había revelado á su viuda riquezas escondidas, mediante las cuales pudo arribar á las playas líbicas y establecer en sus arenas un trono altísimo, no podía ni debía pagar tantos beneficios, dictados por el amor, con otros amores, convidando al tálamo y al solio de Siqueo un extraño, quien por grande y digno carecía para ella de suficientes honores y títulos, como debiera tenerlos todo varón llamado á regir en el ánimo suyo y en la ciudad cartaginesa. Así es que Dido creía, no ya cuestión de dignidad para su nombre y para su alma, cuestión de pudor para su cuerpo, el retraerse á todo nuevo matrimonio, permaneciendo en una incommovible fidelidad, como exigía y demandaba la querida memoria del llorado Siqueo, su primer esposo.

—¿Vas comprendiendo? — le dijo Persio á Lucano.

— Voy adivinando — le respondió éste.

— ¡Tiemblo! — exclamó Tito.

— ¿Por qué? — le preguntó Narciso.

— Porque á lo escabroso llega.

— Confiemos en que saldrá bien.

— De puro bien puede salir mal.

— ¿Temes que sea demasiado explícito?

— ¡Vaya si lo temo!

— Librémoslo todo al cuidado de los dioses.

— Inútilmente Anna — decía Británico — le dirigía reflexiones profundas, le presentaba como cosa de imposible realización el intento de permanecer joven y bella en una soledad eterna, le pin-

taba cómo los afectos á la mujer más atractivos son siempre un cariño maternal y un amor pagado con verdadera correspondencia; inútilmente, repito, le decía cómo las sombras de un alma y las cenizas de un cuerpo no podían llenar los abismos de su corazón; Dido se parapetaba tras los juramentos prestados, y por combatirse á sí misma y vencerse, combatía y negaba cuanto le dijera su adorada hermana. Mas ésta no podía satisfacerse tan sólo para moverla con razones de afección pura y simple; hablábale, como debe hablarse á una reina, de altas necesidades políticas. No obstante su genio superior y su elevada índole, una mujer, con la debilidad y ternura del sexo propio, debía considerar cosa imposible mantener en paz regiones amenazadas por los gétulos, pueblos indomables en la guerra, y los númidas, jinetes parecidos á las ráfagas del huracán, y los barcios, asaltados por furores comparables tan sólo con los furores de la tormenta. Para mayor desgracia, Cartago, alzada en los arenales ardentísimos y circuída por las tribus salvajes, no podía contar con amparo alguno extranjero á causa del odio que Tiro, por el homicida hermano gobernada, profesó de antiguo á Dido y á su ciudad, por haber conducido riquezas exclusivamente suyas al territorio africano. Y en esta situación, cuando hasta el terreno, sobre cuyas arenas Cartago se levantaba, podía sublevársele, encontraba inesperadas armas y súbitos recursos muy bastantes á procurarle preciadas grandezas y á conservar bajo su imperio todo lo adquirido. Dido no consintió en dar por esto su brazo á torcer. Conociendo que, no ya las reflexiones de su hermana, su propia ceguera, voluntaria, de inteligencia, su propio imperioso corazón, le iban imponiendo aquel amor desapoderado hacia Eneas, refugióse con empeño en la religión y pidió á los sacrificios y á los exvotos litúrgicos la victoria que no podía recabar de sus fuerzas naturales. Bajo la techumbre sacra de un templo, al amor del fuego religioso, suspensa con arrobamiento sobre las entrañas recién abiertas de sus víctimas, teniendo una copa consagrada en el sacro altar, pide auxilio divino á los genios superiores para que la socorran y la fortalezcan contra ella misma. Inútil, completamente inútil, toda su apelación. El amor penetra con su fuego hasta en lo interior de sus huesos. Como las ciervas heridas en los prados de Dictea por los pastores de Creta guardan su flecha, y cuanto más

huyen de quien se la dirigiera, más se la clavan en su vientre, Dido pretende huir de su Eneas, y cuanto más á él huye por los consejos reflexivos de su conciencia, más á él vuelve por los impulsos indeliberados é inconscientes de todo su ser íntimo. Así cuanto consigue del sacrificio presentado á las primeras divinidades para que la sostengan y para que la socorran es un llamamiento nuevo á Eneas, al temido Eneas, al rechazado Eneas; temeridad cohonestada con el deseo de allegar algunos consejos suyos y demostrarle los muros y circuito de Cartago á fin de industrialarle del grandor y poder que tiene una ciudad, erigida gracias á las riquezas fenicias aportadas de Tiro y de Sidón, y ampliamente distribuidas por discretas previsiones y por sesudos acuerdos. En efecto, la reina lleva, entre tantas obras como hay allí comenzadas, al huésped; mas, queriendo hablarle de las altas cosas políticas, no sabe cómo componérselas, pues le habla siempre de afectos y le halaga y entretiene con ardientes y sentimentales conversaciones. Ningún coloquio, ningún diálogo dura lo que durar debiera por una ley natural, á causa de las volubilidades con que salta Dido, sin poderlo remediar, desde los motivos más ligados con el gobierno á los motivos más ligados con el amor. Estas conversaciones se repiten mucho con el querido huésped. Frecuentes y largas, cuando la hora de separarse llega todas las noches, Dido no puede conciliar el sueño, y sus ojos y su pensamiento se fijan á una en el hombre á quien acaba de rendir su albedrío contra todo su grado, llamándole señor y soberano de su alma. Con esas industrias propias del amor, siempre que Dido se retira suele llevarse consigo al niño Ascanio y acostarlo en su lecho por la semejanza que tiene con su padre. Dada tal situación, cáensele á Dido las riendas del gobierno, y al caérsele por su triste absorción en los amorosos pensamientos, la fábrica de Cartago se interrumpe. No suben ya las torres, no suenan las armas, no crecen los puertos; todo trabajo queda suspendido, y las moles, que se apilaban unas sobre otras, amenazan desprenderse, aplastando á quienes las habían amontonado. Juno quería divertir de Italia con empeño á Eneas reteniendo en Cartago, mientras Venus impelía á Eneas hacia Italia para darle mayor fortuna y pujanza. De aquí un combate mortal entre las dos diosas, combate verdaderamente dramático, pues mientras

la una, Venus, ha sugerido el amor á la reina para que su hospitalidad resulte mucho más afectuosa, su émula ó enemiga Juno quiere aprovechar tal sentimiento para impedir la futura grandeza de Italia y quebrantar el sumo poder del rey Eneas.

— Vuelve á la religión — dijo Lucano.

— Para llegar mejor al asunto — le respondió Persio.

— Lo prepara demasiado — replicaba el poeta.

— No lo creo yo así — decía el satírico.

— Parece ahora un poco descaminado — por su parte decía Tito al absorto Narciso.

— Ya entrará en camino.

— Yo quisiera — Tito añadió — que llegase pronto á las alusiones, y sin embargo, pensando en sus consecuencias, se me abren las carnes.

— A fin de realizar mejor sus propósitos — decía Británico, — la reina de los cielos infundió en él aficiones á fiestas, cazas y divertimientos varios, en que pudieran Dido y Eneas verse para decirse mutuamente sus afectos y quizás tropezar en las soledades y retiros del campo, uniéndose por el nudo indisoluble de su mutua pasión. Así comiézase una ruda fiesta, en que mezclaban los empeños de la caza con los empeños de la pesca. Gran muchedumbre de caballeros masílicos acompaña en su diversión á los príncipes. Aún no habían despuntado los resplandores primeros del alba, cuando ya se veía de pie á la reina, esperada y seguida por todos los potentados y por todos los magnates de su reino. Apuesto caballo, resplandeciente de oro y ceñido de púrpura, en la puerta del palacio aguarda impaciente á la reina, tascando con noble rabia el freno de oro blanqueado por las espumas de su boca. Dido aparece, la clámide tiria pintada por las múrices del mar sirio en su cuerpo, los borceguíes celestes parecidos á los que usaba Diana en sus pies, las cintas y diademas de oro á su cabeza. Eneas la sigue, y el poeta, que celebra y canta estos amores, no sabiendo con quién compararlo, compáralo con Apolo en Delos, su isla maternal, circuido por coros sacros, adorado por sacerdotes que se pintan el cuerpo y danzan trémulos alrededor suyo en misterioso círculo, ceñidas de laureles sus sienes y las flechas de oro en el carcax puesto sobre sus espaldas. Apenas comenzada la cacería, y cuando

las flechas se cruzan en todas direcciones y los gamos y los ciervos en tropel corren, espesa nube obscurece los horizontes, cae sobre la tierra fuerte lluvia mezclada con fríos granizos. Todos los compañeros de caza huyen por los cuatro puntos cardinales en requerimiento de refugio, mientras Dido y Eneas quedan solos en cercana gruta, que al resplandor de la tempestad convierte la demente Dido en templo y tálamo de improvisado himeneo, por ella juzgado en su locura tan divino cual si las más altas potestades del cielo y de la tierra pudieran á una consagrar con nombres santos y legítimos títulos fugitivas embriagueces del sentido y delirios más fugitivos aún, cuyos estremecimientos no lograran nunca la serenidad propia del verdadero amor. Aquel día murió Dido porque nada pudo retenerla dentro de su deber, ni la decencia ni el pudor, y fué osada, en su ceguera y delirio, á encubrir su imperdonable debilidad con la denominación respetable de himeneo. En cuanto la fama llevó por el espacio los ecos de tal suceso, terrible cólera se despertó en Yarbás, caudillo de aquellas tribus y señor de aquellas tierras, el cual, dirigiéndose á los dioses, conjurólos para que castiguen á la mujer extraña, errante por los linderos de aquel su imperio, donde construye á precio de oro en espacios primitivos suyos una ciudad, y cuando le ofrece y le presenta él su fuerte mano, requiriéndola de amores y designándola para esposa suya con ánimo de salvarla y defenderla contra tantas asechanzas, le prefiere al nuevo Paris, circuido por un cortejo de mujeres livianas, coronado por la tiara libia, oliendo á femeniles perfumes, y en su debilidad, incapaz para el combate, siquier ladrón ó raptor de quien debía buscar otras alianzas y enlazarse con otros hombres. Los clamores de aquel bárbaro debieron, á la verdad, hender el cielo y penetrar en Júpiter, cuando éste diputó á Mercurio para que apartase á Eneas del propósito de quedarse fijo en Cartago, y le dijese cómo habiéndole preservado el cielo de las armas y de las teas griegas en Troya y del huracán horroroso en los mares africanos, lo hizo así para que pudiera cumplir sus personales destinos y dar origen á la romana gente. Mercurio, cumpliendo las órdenes de Júpiter, se calza los borceguíes alados, que le conducen rápido sobre los mares y las tierras; empuña la varilla milagrosa que sugiere los sueños y evoca las almas; pasa por lo alto del Atlas enorme,

cuyas espaldas sustentan los cielos; y cae sobre los líbicos arenales, donde halla á Eneas ceñido ya con la púrpura tiria y armado con las espadas fenicias. Invisible, pero persuasivo, el dios, reconviene como un remordimiento la conciencia del piadoso Eneas, quien queda inmóvil de horror, pálido el rostro, cerrados los labios, erizada la cabellera, sintiendo cómo los dioses le apartan de aquellos sitios contrarios á su finalidad natural, y le arguyen por aquellos ocios indignos de quien estaba llamado á presidir, según decretos celestes, obra tan colosal como los orígenes y comienzos de la Ciudad Eterna. Pero poco fijo en sus intentos, poco resuelto por su índole y por su carácter, de ánimo perplejo, de ideas ondulantes, no sabe por dónde salir, y ya se le aparece á los ojos febriles el destino malogrado por su culpa, ya la mujer á quien perdiera con sus condenables ligerezas. Por fin resuelve partirse, y llamando á sus compañeros de navegación les encarga con sigilo aprestar los barcos á la inmediata fuga y esquivarse por todos los medios al furor de Dido.

—¿Comprendes, Lucano?

—Comprendo, Persio.

—¿No ves dónde va?

—Ya lo veo.

—Nota cómo Agripina se inquieta.

—Ya lo noto.

—Y cómo el emperador se transporta y extasia.

—Verdad; tienes razón.

—Ya todos ven acercarse la inflexible aplicación del discurso.

—Temerario si lo aplica.

—Tú no podrás decir que sólo hay héroes en las repúblicas.

—¿Cómo engañar — decía Británico — á una mujer amante?

Aunque su poder y su vigilancia de reina en autoridad y en ejercicio no le dijeran todo cuanto necesitaba saber, diríanselo sus profundos afectos y los avizores ojos de su alma. En cuanto lo advierte, un delirio se apodera de sus nervios y enciende su sangre; delirio comparable á la embriaguez impulsora de las bacantes, que les inspira en sus bacanales aquellos sus gritos discordes y aquellos sus desordenados movimientos. Demudado el rostro, destrenzada la cabellera, desceñido el traje, la ira en los ojos, la hiel

en los labios, el resuello de un moribundo que pelea con los asaltos de su agonía en el pecho, Dido corre á la presencia de su Eneas para detenerle con imperio á su lado é impedir aquel viaje, á cuya horrible tristeza no podía, no, sobrevivir la cuitada. El primer adjetivo lanzado al rostro de su ingrato amante, adjetivo muy propio de las acciones que perpetra, es el adjetivo de p^{er}fido. Hiérela en sus más íntimos sentimientos, oféndela con imperdonable ofensa el que haya Eneas creído posible ocultarle un proyecto como el proyecto de su fuga y huir salvo de sus reconvenciones y de sus quejas. Un amor sin límites, un reino sin fronteras, una riqueza sin medida, una mujer sin esperanza ya en el mundo, si después de haber traicionado á su marido Siqueo la deja y abandona en su dolor aquel por quien cometió la traición, debían rendir todo pecho, no helado por la nieve de un desdén sin ejemplo. Aquel hombre, á pesar de sus empresas calmoso, y á pesar de sus guerras tímido, siempre á las precauciones dispuesto y siempre sujeto al dominio de su conciencia y de su pensamiento, ahora, como atolondrado é imprevisor, alza el cable y tiende los velámenes en la estación de los aquilones deshechos, en el tiempo de las tormentas, cuando el rudo invierno todo lo azota y el mar á toda navegación se resiste. Ni por Troya resucitada, ni por sus padres redivivos, ni por los antiguos penates y dioses, ni por toda su raza y gente, se hallaría justificado el abandono, inexplicable de todo punto, dirigiéndose, como se dirigía entonces, á tierras nunca vistas para dominar sobre pueblos desconocidos. Así la reina enamorada, rendida, que había por su Eneas faltado á juramentos fúnebres tan obligatorios y corrido los riesgos de conjurar en contra suya las naciones líbicas, los reyes nómadas y aun los tirios mismos, perdido ya el pudor, vulnerada la castidad que ofreciera como un exvoto á sus dioses, convertido el delirio de un minuto en sacro himeneo con mengua del respeto que debiera guardar á la santidad de su doctrina y al deber que tiene una reina de presentar buenos ejemplos ante sus vasallos, no pide su amor al ingrato, le pide compasión. Si cuando recatada viuda, buena mujer, pr^ovida gobernante, celosa reina, hermanos como Pigmalión se proponían demoler los muros de su ciudad, y vecinos como Yrbas llevarla cautiva por los desiertos á sus tribus indóciles, ¿qué no harían ahora viéndola claudicar y pagada su

enorme culpa imperdonable con el desprecio y el abandono de aquel por quien, demente y ciega, claudicara? ¡Ah! En los rápidos amores, en aquel delirio de su alma no le restaba consuelo ninguno, ni siquiera la prenda carísima de amor que deja el más vulgar de los esposos á su esposa, un hijo parecido á él y destinado á recordar en esta semejanza el antiguo amor.

— Alusión á que no tiene la emperatriz hijos de Claudio — dijo Persio á Lucano.

— Muy lejana me parece y muy sutil tu malicia.

— Pues mira la emperatriz cuán desasosegada está.

— Debe cazar muy largo, porque yo he perdido la pista.

— Pues yo lo veo cerca y muy cerca.

— ¿Qué podía responder á todo esto Eneas? — decía Británico en su discurso, continuando: — El destino antiguo lo encadenaba como á los héroes de la tragedia clásica. Buscaba en su interior medios de servir y obedecer á la esposa cuya pena le partía en mil pedazos el corazón; pero no los hallaba, sumiso como debía estar á los imperiosos mandatos de Júpiter. La hermosura de aquella mujer desolada rendía su ánimo; el recuerdo inextinguible de sus beneficios pesábale con inmensa pesadumbre sobre la conciencia; desde sus sentidos más groseros hasta sus facultades más elevadas le hablaban de sus deberes para con ella; y sin embargo; no podía contrastar la inflexible voluntad omnipotente del cielo, superior á su individual voluntad. Lo único un tanto consolador para él entre las acerbas reconvenciones, ya de su Dido, ya de su conciencia, estaba en la falta cometida; en que, si bien le llamaba esposo, no había empeñado palabra previa de tal y recibido las sanciones de un verdadero himeneo en aquel delirio de un momento. Como no pudo quedarse allá en su patria para enterrar el despojo sacratísimo de toda su raza y sostener los sacros muros de su Troya renaciente para los vencidos, pues debió ir, obedeciendo las órdenes de Apolo y los oráculos de Licia, en busca de Italia, imposible también quedarse allí en Cartago, como imposible le fuera de todo en todo á la reina volverse de nuevo á Tiro. Roto, fugitivo, desterrado, errante, sin la patria de sus padres, sin el templo de sus dioses, sin el sepulcro de sus progenitores, por la sombra de aquel que lo engendrara y por la suerte de quien él engendró, debía dejar las líbicas

riberas y trocarlas por las riberas italias. De consiguiente, cuando todavía las cuádruples alas del mensajero Mercurio agitaban los aires, cuando resonaba la voz de Júpiter en los cielos, no había lugar á reconvenções y á quejas, sino á conformarse con el destino, á quien irritaban todas aquellas voces con todas aquellas lágrimas inútiles, y seguir, siquiera fuese de mal grado, hacia Italia. Estas excusas no persuadían de ninguna suerte á Dido, antes bien por vanas iban derechas á despertar sus invencibles cóleras. Los ojos le saltaban de las órbitas como su corazón del pecho, y no sabía ya de cuál palabra valerse para contestar á tan cruel desdén. No, no podía tener Eneas por madre una diosa ni llevar en sus venas la vida de Dardano. Sólo el siniestro Cáucaso aborta criminales como él y las tigres de Hircania crían á sus impíos pechos cachorro semejante. Cuando, náufrago y miserable, la tierra lo había rechazado y el mar lo había escupido, ella lo recogiera y asilara; cuando, sin espacio para sus hogares y sin patria para sus hijos, ella le cediera un feraz imperio; cuando, pobre y desnudo y hambriento, estrellada su nave y roto su cuerpo contra los escollos, le colmara con todos los bienes del mundo, ¡ah! Eneas tan sólo sabe responder á esto con la ingratitud más implacable y con los más feroces desdenes. La infeliz no puede comprender que se invoque para crimen de tal modo enorme ni los dioses, ni los oráculos, ni los consejos de Apolo, ni las órdenes de Júpiter, ni los mensajes de Mercurio; que no turban las divinidades celestes el olímpico reposo propio por las mortales miserias. Al contrario, si han de responder á la justicia que les impone lo superior de su naturaleza íntima, si han de castigar al malvado, si han de volver por la virtud y la inocencia, en vano buscará entre las ondas su imperio Eneas. El viento lo estrellará contra las rocas; las olas se tragarán hirvientes los restos de su cuerpo destrozado; al morir, la palabra última de sus labios habrá de ser el nombre de la mujer abandonada, y al entrar en la eternidad, allí en el orco, habrá de hallarse frente á frente con su sombra reconviniéndole y atormentándole por siglos de siglos. Viéndose tan desdeñada, huye á los ojos de su Eneas Dido, furiosa consigo misma por no haberse á ellos esquivado y huído en días más propicios, antes de tropezar en su corazón y despeñarse infeliz en sus brazos. Eneas, conociendo todo el

horror de la desgracia infligida y fidelísimo al natural dulce de sus padres heredado, quisiera extinguir con frases y besos de amor aquellas amargas quejas y hasta quisiera detenerse allí; mas no lo permiten los dioses, cuyos mandatos á la resistencia se redoblaban, y tiene que rehacer su flota, carenarla, ponerle mástiles y remos recién cortados en los verdes árboles, mientras Dido gime desde alta torre, viendo en tumultos las riberas ocupadas por tantos trabajadores y cubierto el mar de leños y velámenes, confundidos los clamores de las gentes con los clamores de las olas y todo el aire y todo el suelo en ardor y en movimiento. A pesar del odio que las acciones de su Eneas le promueven allá en el alma, todavía le quiere; y viendo cómo los troyanos aperciben cordajes y velas á los vientos favorables, y cómo coronan las popas bellísimas con guirnaldas frescas, no pudiendo comprender que así castiguen ellos con daño tal á quien solamente le granjeara bienes, pide á su Anna, invocando el mutuo fraternal cariño y trayendo á sus mientes la distinción y amistad con que siempre la trató Eneas, una intervención activa en su desgracia para conjurarle á que recuerde los beneficios recibidos, el amor gustado, la felicidad sentida, y ya que no preste la debida fe á un himeneo traicionado ni renuncie al imperio de su Lacio apartadísimo, le conceda tregua en su dolor y se quede hasta los meses rientes de la dulce primavera, en los cuales un cielo claro y sereno, un mar celeste y dormido, unos céfiros favorables habrán de auxiliar á su navegación y ofrecerle á su término y fin una tierra florida y serena, en la cual puede hallar la felicidad, completamente imposible para él de resistirse á este último ruego y negarse á este último favor. Pero ninguna de tales instancias ablandan aquel corazón endurecido por los mandatos de los dioses. No parece sino que sus oídos están como tapados y como amordazada su boca, pues ni oye las instantes súplicas ni encuentra en su elocuencia palabras de alivio y consuelo al dolor por su propia tenacidad engendrado. Italia le pide y á Italia va. En tal horrible situación, en tan grande angustia Dido se ve afectada, no sólo del dolor que le causa el despego de su Eneas, sino del remordimiento que le causan sus actos propios. Ya no quiere verse á sí misma ni en el espejo de las fuentes, como si del propio ser se hubiera desceñido. Ya no quiere convertir los ojos al cielo, como si del cielo

se hubieran los dioses ausentado. La luz tan brillante se trueca para ella en sombra; el calor de la vida, en frío mortal. Inútilmente corre á los altares; el dios de su predilección la rechaza. En vano presenta libaciones; el hidromiel se vuelve negro y el vino de los cálices sagrados se cambia en sangre coagulada. Cuando mira los genios propicios á quienes enderezara tantas oraciones y de quienes recibiera tantos bienes, estos genios toman las formas y los aspectos de siniestros remordimientos. Visiones fatídicas en los ojos, crueles puñaladas en el corazón, gritos discordes en la conciencia, perplejidades sombrías en el espíritu: he ahí el estado terrible de Dido. Un templo tenía en su palacio consagrado á los manes del esposo difunto, y allí, donde blanqueaban siempre sobre las aras albos vellones y olieran frescas guirnaldas, siéntese ahora como estremecimientos en el suelo, como gemidos en el aire; vese la noche más oscura en medio del día, cual si todo el espacio se hubiera convertido en duelos y lutos y mortajas y sudarios. Sus pavimentos de mármol, sus columnas de ágatas coronadas por chapiteles de bronce, sus techumbres de negro ébano incrustadas en marfiles de Persia y en oro de Ofir, sus nichos resplandecientes de pedrería, sus candelabros alimentados por olorosos aceites, sus incensarios donde arden las olientes resinas de India despiden aves nocturnas de ojos fosfóreos, buhos gigantescos, los cuales de allí se alzan, y abriendo sus alas sedosas, parecidas á velos fúnebres, envuelven de sombras nefastas la vivienda y la persona de Dido, al par que murmuran siniestras maldiciones en sus desgarradas orejas. Las Euménides, que amargarán en Tebas los días de Penteo; las Furias, que persiguieran por las orillas del mar á Orestes con sus gritos feroces; la Medea en su carro, tirado por serpientes que silban; la esposa de Agamenón, armada con antorchas infernales, no dan idea exacta, no, del aspecto revestido por los dolores y remordimientos de Dido en la hora funestísima de su desesperación. Poco á poco su mala estrella le dice cómo no le consiente ya el destino adverso ningún otro refugio, sino el que guarda en su hondo silencio, en su terrible frío, en su espantosa obscuridad, en sus negros abismos, la implacable muerte. Morir, morir, morir, dice por tres veces Dido en su dolor intenso, después de haber visto despoblado el cielo y despoblada el alma de toda esperanza. Todo, desde aquel

supremo instante, todo ya estaba, pues, apercibido. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo, rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales, cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñido, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados acallándolos y petrificándolos como pudiera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y quería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes núbidas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorció de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos le impellían y le agujoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al movimiento é impulso de los barcos. Aún la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos, columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas